

traía el grito hacia adentro del silencio del camino;  
salía de un pozo de soledad caído  
[en el fondo del horizonte  
y sabía de la tarde agotada y sabía de  
[la noche de las sombras crecidas.

Sin duda es el temperamento el que salva a Da Cunha Dotti de la mediocridad y a su libro, del resultado insignificante, pues si es cierto que éste, en conjunto, nada tiene de sobresaliente, algunos aspectos aislados lo hacen estimable. Basta para evidenciar lo que afirmamos, recordar un verso—podríamos aumentar las citas—y que al mismo tiempo acusa la presencia de una sensibilidad de un temperamento:

Escucha esta tarde el gemido que  
[madura en mi pecho

y una metáfora que se adhiere a  
la piel de nuestra memoria:

Llevare campos en los ojos y cosecha  
de pájaros en la garganta.

Confiamos en que el estudio, el cultivo honrado de sus cualidades hará seguramente al correr de los años a Da Cunha Dotti un lírico conseguido.—A. T.

SONAJA, por *Max Jiménez*.

«Sonaja» el último libro de Max Jiménez no es sino una iteración de «Gleba», poemario anterior de Jiménez. Iteración en el sentido de la idéntica inopia lírica, de la misma incapacidad expresiva que se manifiesta en «Gleba». Es cierto, puede comprobarse, existe en «So-

naja» un pequeño progreso sobre aquella, pero tan mínimo que no justifica su publicación. Jiménez, indudablemente y esto puede servirle de elogio, ha pretendido superarse, ascender al primer peldaño de la poesía. Pero como esto no es dominio de la volición que a veces ayudada por la cultura, en lo que ésta tiene de higiene, simula presencias auténticas y barniza y transforma superficies, sino de la sensibilidad, el esfuerzo ha sido inútil, pues Jiménez carece de ella. Entonces es fácil inferir su fracaso expresivo o lírico, fracaso que podemos constatar:

Vete, oh día, ¡llévate tu pudor  
No te das cuenta acaso  
de que turbas mi amor? (PUDOR).

Por rítmica curva nos vamos,  
arco que doblan la vida y la muerte.  
En ritmo pongamos al Poema Na-  
[tura,  
rítmico oficio de poetas...(EN RITMO)

Hoy pagamos tributo  
a todos los que han sido  
nosotros los que aun somos. (HOY).

Estas citas, no las hemos escogido, nos parecen suficientes. Cualquiera se da cuenta del valor que pueda tener el autor de versos semejantes en el panorama poético indoamericano y esto, a pesar de comentarios elogiosos o muy benévulos de diversos escritores más o menos conocidos y estimados como los españoles Benjamín Jarnes y Ramón J. Sender y el francés Adolphe de Falgairolle. Elogios y benevolencias, ciertamente incomprensibles, miradas desde el punto de vista de la calidad estética, pero tal vez muy justificables si tomamos

en cuenta el conocimiento personal de los tres escritores ya nombrados, con Max Jiménez. Falgairolle llega a decir en un artículo lo siguiente:

Ce poeme GRIS et qui est d'argent, de vibrations sereines, de choses menues mais harmoniques, ce poeme servira de modele a des artistes du verbe, en Espagne.

Es demasiado y para probar que nuestra exigencia no es desmesurada vamos a transcribir las primeras estrofas de «Gris», ya que no el poema íntegro, por no abusar de la cita: (*Gleba*, pág. 15).

Cual camina  
lentamente  
por la selva  
oscura y fría  
agua en plata  
que se aleja  
y que se queja  
va pasando  
suavemente  
el día gris  
por el gris del alma mía...

Y sentimos  
en el gris  
de la mañana  
cual de selva,  
fuente umbría  
que nos pasa por el alma  
y que deja  
un cierto dejo  
melancólico y sombrío.  
Días grises  
que parecen  
revividos  
de la historia. Etc.

¿Es necesario extender este comentario?—A. T.

PUPILAS DE LA SIMA, Versos de  
*Julia B. Gadea*.

Difícilmente podríamos hallar un libro de iniciación literaria en que

el tanteo ideológico y la pobreza de forma están más en evidencia que en éste.

Si cosa arriesgada fué siempre hacer el pronóstico literario de una vocación que no pasa de ser un entusiasmo juvenil, la autora de «Pupilas de la Sima» (1) dificulta esa tarea en forma tal que la hace imposible.

No es ya la simple y común vulgaridad de conceptos, ni la ramplojería inevitable, en toda obra inicial, ni el adjetivo mezquino que cuadraría a todos los sujetos. Es algo más. Es la falta de claridad para expresar aún las emociones más vulgares, es el desconocimiento casi absoluto de la técnica del verso.

En la mayoría de las composiciones que integran este libro de poemas, la armonía y el ritmo están ausentes de la estrofa, no por un afán preconcebido de romper los viejos moldes de la métrica, sino por pobreza auditiva, que cualquier iniciado en achaques poéticos notará a la primera lectura.

Julia B. Gadea cultiva el verso clásico, y no ha sido arrastrada por el huracán vanguardista. Acaso en el correr de los años logre cierta maestría en la construcción del verso y de la estrofa, que tienen su secreto y su técnica, y acaso pueda también decirnos con claridad y con belleza las emociones que le va dejando la vida. Es joven, y todo es posible.

Como un verdadero hallazgo entre la maleza de sus cantos balbucientes, el poema «Tristeza» mos-

(1) Montevideo, 1932.